

Luis Alfonso Grave Tirado*

Patrón de asentamientos prehispánicos en la cuenca baja del río Baluarte, Sinaloa

Todo el camino por donde fue, hasta llegar a esta Chametla que arriba digo, es poblado á una parte é á otra de muchas estancias.

Juan de Sámano, enero de 1531

Resumen: A lo largo de dos temporadas de campo en el marco del Proyecto Arqueológico Río Baluarte se ha realizado el reconocimiento de superficie de un área de casi 75 km², en los cuales se registraron 108 sitios arqueológicos: 73 en la margen sur del río y 35 en la orilla norte. Los vestigios van desde pequeños campos de materiales y restos de caseríos aislados hasta un asentamiento semiurbano, Chametla, que abarca más de 100 hectáreas y cuenta con gran cantidad de montículos, entre ellos basamentos piramidales y una cancha para el juego de pelota, con lo cual se desmiente el supuesto carácter simple de las sociedades que habitaron esta parte del México prehispánico.

Palabras clave: patrón de asentamientos, río Baluarte, Sinaloa, época prehispánica.

Abstract: During two field seasons of the Rio Baluarte Archaeological Project, it conducted a surface survey downstream of an area of almost 75 km², where 108 archaeological sites were recorded: 73 on the south bank of the river and 35 in the north shore. The vestiges range from small fields of materials, the remains of isolated farmsteads, to an almost urban settlement, Chametla, which extends over 100 hectares and has a large number of mounds, including pyramidal structures and a ballgame court, which belies the assumption of the simple character of societies that inhabited this part of pre-Hispanic Mexico.

Keywords: settlement pattern, Baluarte River, Sinaloa, pre-Hispanic period.

Ya en 1930 C. Sauer y D. Brand (1998: 25) habían notado que la parte baja de la cuenca del río Baluarte, junto con la del río Culiacán, “poseen los más impresionantes vestigios en la superficie” en todo el estado de Sinaloa. Por su parte, cinco años después Isabel Kelly señaló:

En el valle abundan las lomititas, montículos bajos que señalan el lugar de antiguos sitios de vivienda. En la orilla sur son sumamente abundantes desde Apoderado río abajo, por lo menos hasta La Jarilla y, probablemente hasta el océano. Según se dice, también hay muchos montículos en la margen norte, pero por falta de tiempo sólo fue posible examinar uno de ellos, contiguo a la antigua hacienda de Cocoyolitos, a corta

* Centro INAH Sinaloa/Museo Arqueológico de Mazatlán.

distancia de Chametla, corriente abajo. Por cierto, según la tradición local, Cocoyolitos es la Chametla de la época de la conquista (Kelly, 2008: 7).

Kelly añade: “se dice que cerca de la costa hay grandes concheros que, lamentablemente, no tuve oportunidad de visitar”. Es decir, hace ya más de 80 años (o mucho más, si nos atenemos a las crónicas de la conquista) que se hizo notar la abundancia de sitios arqueológicos en la cuenca baja del río Baluarte; sin embargo, hasta la fecha nadie había tenido oportunidad de visitarlos; es decir, no se había realizado ninguna investigación de carácter regional.

El estudio regional es una herramienta fundamental para el conocimiento del pasado prehispánico; sin embargo, su uso en la arqueología del occidente y noroeste de México ha sido muy limitado, a pesar de que, como afirma Y. Sugiura (2009): “el estudio regional [...] podría considerarse un recurso metodológico-técnico más eficaz en términos de tiempo, costo y resultado, y quizá el único que nos permite obtener una mejor comprensión y más integral de la historia regional”.

El término “patrón de asentamiento” fue planteado por primera vez por Gordon Willey en 1956 y lo definió como: “La manera en que el hombre dispone de sí mismo en el paisaje o medio en que él habita. Se refiere a casas, a sus arreglos y a la naturaleza y disposición de otras estructuras pertenecientes a la vida comunitaria. Estos asentamientos reflejan el ambiente natural, el nivel de tecnología y varias instituciones de interacción social y control que la cultura mantiene” (Willey, 1953: 1, en Sugiura, 2009). Es decir, los estudios de patrón de asentamiento nos permiten conocer, en primer lugar, la forma en que el hombre explotó el ambiente circundante: cómo resolvió sus necesidades primarias: la alimentación y la vivienda, principalmente; pero también las formas de organización social, política y religiosa a lo largo del tiempo; es decir, el grado de complejidad social alcanzado en determinado territorio (Montmollin, 1989). Incluso podemos reconocer cómo se sacralizó el medio ambiente, o más propiamente el paisaje, el ambiente mediatizado por el hombre (Knapp y Ashmore, 1999).

Características geográficas

El río Baluarte mide 165 km de largo y su cuenca abarca más de 4000 km², sobre la que corre un volumen medio anual de 1 518 m³. Es también llamado Chametla o Rosario, y nace en la parte alta de la sierra, en la región de las quebradas, y de manera específica en la Sierra de las Ventanas. Parte de su recorrido es usado como límite entre los estados de Sinaloa y Durango, pero luego se adentra en territorio sinaloense, donde recibe la afluencia del río Pánuco, con lo que su caudal se incrementa y recorre así buena parte del municipio de Rosario hasta llegar al océano Pacífico, entre los ejidos de Chametla y Agua Verde, donde su delta se transforma por un lado en la laguna de Huizache-Caimanero (inundada a lo largo del año), y por el otro en las marismas de Agua Verde y Chametla, de las que sus aguas suben de nivel en la temporada de lluvias (fig. 1).

La cuenca baja del río Baluarte es una de las zonas más fértiles de todo el estado de Sinaloa y en la cual es posible levantar dos cosechas anuales, incluso sin sistemas de riego sofisticados. Por lo menos hasta la primera mitad del siglo xx, los principales productos agrícolas de la región no eran muy distintos de los cultivados ya en la época prehispánica: el maíz, el frijol, la calabaza y las ciruelas (Román, 2006). Ya en 1566 Baltasar de Obregón (1988: 120) afirmaba sobre Chametla: “En esta provincia hay muchos bastimentos de maíz, frijol, calabaza, gallinas de la tierra, frutas de la tierra [...] Hay mucho pescado, ostra, camarón, sal y algodón”. No obstante, desde hace más de cuarenta años los cultivos dominantes son los de riego: en primer lugar el mango, aun cuando en las dos últimas décadas ha cobrado importancia el chile y ello ha propiciado la paulatina destrucción de los vestigios arqueológicos.¹

Por su parte, el estero es uno de los ecosistemas más productivos del mundo (Odum, 1988) y los

¹ Tal vez en esa zona el problema no sea tan grave en comparación con los otros valles fluviales de Sinaloa, pues de los ocho sistemas de riego, el formado por los ríos Presidio y Baluarte es el penúltimo en número de hectáreas regadas, menos de 30 000 ha, que resultan pocas en comparación con las 280 000 del río Fuerte o las 212 000 del río San Lorenzo (Conagua, 2010).



© Fig. 1 La cuenca baja del río Baluarte vista desde el cerro La Cruz.

de la zona no son la excepción. Además de una gran cantidad de peces, moluscos y crustáceos, del estero se extraía la sal, uno de los productos más importantes en la economía prehispánica. En 1621 escribió Lázaro de Arregui (1946: 103-104): “Todo lo que en esta provincia ay notable es las salinas y pesquería de Chametla, questá en la orilla de un rrio que vaja de la sierra, y está de la mar dos leguas poco más y otras tantas del pueblo. En la marisma están las salinas que se venefician haciendo unas erillas donde el agua que entra de las mareas se cuaja, y zuélenze hazer desta manera algunos años 20 000 fanegas de sal”. Sin embargo, son también muy vulnerables a los daños por contaminación, dragado, embalsamiento, sedimentación y otras alteraciones que, por desgracia, hoy en día afectan el ecosistema (sobre todo en los últimos treinta años, con la proliferación de granjas acuícolas). En realidad, y no es consuelo, este y otros problemas se extienden de hecho a todos los sistemas fluviales del mundo, lo cual afecta profundamente la práctica arqueológica (Brown, 1997).

Antecedentes

La historia de la arqueología en la cuenca baja del río Baluarte comienza entonces con la llegada a Chametla, en el invierno de finales de 1929 y prin-

cipios de 1930, de Carl Sauer y Donald Brand. “Nuestra aparición causó sensación en el lugar, y nuestros movimientos se vieron de algún modo entorpecidos al tener a los dignatarios del pueblo todo el tiempo tras nuestros pasos” (Sauer y Brand, 1998: 34). Ese fue uno de los puntos donde encontraron una mayor cantidad de vestigios en superficie en su largo recorrido entre el río Acajoneta, en el norte de Nayarit, y el río Culiacán en el centro del estado. Los vestigios en el río Baluarte:

Están en las terrazas bajas por encima del nivel de inundación, pero contiguos a las porciones más fértiles de las tierras cultivables. Estos sitios están bien preservados y expuestos a la vista. La tierra que ocupan no es propicia o no del todo propicia para la agricultura, de manera que las ruinas están invadidas por el monte. Ni el arado ni las inundaciones han logrado destruirlas, pero la lluvia ha concentrado en la superficie los desechos humanos (Sauer y Brand, 1998: 25).

No eran tierras propicias para los cultivos de principios del siglo xx, pero en los últimos tiempos la práctica agrícola se ha generalizado en el área ocupada por los asentamientos prehispánicos y el tractor se ha ensañado con los sitios arqueológicos del río Baluarte; pero regresemos a la narración de Sauer y Brand:

El diámetro mayor del antiguo pueblo es quizá de dos kilómetros [...] No cabe duda de que este asentamiento fue muy grande y que estuvo habitado por muchas generaciones [...] Arriba de Chametla, concretamente entre Chametla y Apoderado, hay numerosos montículos en medio de una estrecha llanura aluvial, siendo el más notorio entre ellos la llamada Loma de Ramírez (Sauer y Brand, 1998: 34-35).

También notaron los elementos distintivos de la cerámica del sur de Sinaloa:

Predomina la cerámica con bandas rojas y la decorada sobre fondo bayo [...] El rasgo más característico consiste en una policromía que incluye secciones de gruesas bandas, con algunas bandas blancas y decoración en rojo. Una buena cantidad de la loza policroma tiene delicadas incisiones que en su mayoría están en las bandas negras y son de formas lineales, geométricas [...] Abundan las figurillas en barro de cuerpo entero. Varios nativos tienen en sus casas grandes figuras huecas pintadas del tipo Ixtlán. También hay figurillas arcaicas planas del tipo “pan de jengibre”, así como navajas de obsidiana, malacates de barro y cilindros de terracota con troquel realzado. En ningún otro sitio habíamos visto tanta variedad de objetos (Sauer y Brand, 1998: 35).

Aunque no visitaron ningún otro asentamiento en la parte baja del río, sí consignan que se les informó de otros lugares con abundancia de vestigios: “Se nos informó que como éste sólo hay un sitio más entre los muchos que se encuentran diseminados en la desembocadura del Baluarte; otros de similares dimensiones se localizan río abajo en la margen opuesta, en la cabecera del estuario, y mucho más al sur en las laderas escalonadas de los cerros” (Sauer y Brand, 1998: 35). De cualquier modo, desde 1930 Sauer y Brand reconocieron que en los alrededores de Chametla estaba uno de los asentamientos más grandes e importantes del occidente de México y expusieron la necesidad de llevar a cabo excavaciones sistemáticas en el sitio. La responsabilidad inicial recayó en Isabel Kelly, alumna destacada del propio Sauer.

Isabel Kelly estuvo en Chametla en 1935 durante tres semanas, para lo cual se hizo acompañar de trabajadores que la ayudaban en su exploración de los sitios arqueológicos en las cercanías de Culiacán (Fowler y Kemper, 2008: XXVI). Aunque la estancia fue breve, se hizo un trabajo intensivo y es el antecedente principal de la investigación en la cuenca del río Baluarte. Al igual que Sauer y Brand, Kelly no pudo dejar de notar la abundancia de vestigios en la zona, y también dejó constancia de al menos tres estructuras mayores: Loma Ramírez, en la margen sur del río (previamente mencionada por Sauer y Brand), y otras dos elevaciones del otro lado del río. Resulta importante la mención de Kelly sobre la presencia de estructuras arquitectónicas de gran tamaño en ambas márgenes del río, pues aun cuando no realizó exploraciones en ellas (debido a la escasez de materiales que contenían), a la distancia no cabe duda de que se trataba de los restos de basamentos sobre los que se erigían sendos templos construidos con material perecedero.

A diferencia de sus predecesores, Isabel Kelly sí realizó excavaciones, si bien se limitaron a unas cuantas trincheras en algunas “lomitas” bajas, sobre todo en aquellas “que parecían consistir enteramente de basura” (Kelly, 2008: 9). Ahí “se hallaron hachas, metates, manos y obsidiana con retoque, pero la abrumadora mayoría del material era cerámico” (Kelly, 2008: 9). No reportó evidencias de elementos arquitectónicos; en cambio, “los restos esqueléticos, depositados en grandes ollas de barro, eran relativamente abundantes, pero estaban en tan malas condiciones que no fue posible retirarlos” (Kelly, 2008: 9).

Kelly exploró los sitios El Tamarindo, Tierra del Padre y El Taste, los tres ubicados en la margen sur del río Baluarte; también Cocoyolitos, localizado en la parte norte del río. El primero, situado 250 m al noreste del cementerio, tenía la superficie “literalmente cubierta de fragmentos cerámicos” (Kelly, 2008: 9); sin embargo, aunque se excavaron tres trincheras “el número de fragmentos encontrados fue escaso y el depósito resultó por entero superficial, ya que tenían menos de 1 metro de profundidad” (Kelly, 2008: 10).

Por ello decidió excavar en otro punto, situado unos centenares de metros al noreste, paraje

conocido ya entonces como Tierra del Padre y que estaba conformado por algunas terrazas. Ahí llevó a cabo cuatro calas, dos de ellas en la pendiente noroeste de las terrazas, donde obtuvo gran cantidad de material y “resultó evidente una diversidad de estilos cerámicos, con ciertas indicaciones de superposición” (Kelly, 2008: 10). Sin embargo, la estratigrafía estaba mezclada y decidió realizar otras dos calas en la parte superior, las cuales se excavaron hasta cinco metros de profundidad, “donde se encontró ‘tierra natural’: arena limpia del río [...] En conjunto, el depósito era continuo y el relleno consistía simplemente en tierra muy compactada, prácticamente libre de cenizas, carbón vegetal o arena, lo que indicaba una acumulación lenta y un lapso concomitantemente grande” (Kelly, 2008: 10). De hecho, los datos recuperados en esas dos calas fueron primordiales para establecer la secuencia cronológica de Chametla.

Pero también excavó en El Taste, “una angosta franja ubicada a lo largo del acantilado del río, inmediatamente debajo de Chametla” (Kelly, 2008: 11). Excavó ahí porque le habían ofrecido dos ejemplares de cerámica policroma bastante diferentes a los recuperados en Tierra del Padre, y le aseguraron que provenían de ese punto. Sin embargo, el sitio estaba erosionado por el río y prácticamente destruido por una ladrillera, además de que el material en superficie se encontraba compuesto por apenas un puñado de tepalcates. No obstante, “pese a la pobreza del sitio, arrojó evidencias de un complejo cerámico muy característico” (Kelly, 2008: 11), al que llamó precisamente El Taste.

Por último, exploró dos montículos situados en la margen norte del río, en terrenos de la hacienda de Coacoyolitos; sin embargo, los resultados no fueron los esperados y ni siquiera pudo profundizar la excavación, ya que “en ese momento nuestro permiso expiró”, lo cual le puso fin automáticamente al trabajo.

Como sea, Isabel Kelly recuperó y analizó una gran cantidad de materiales arqueológicos, en primer lugar cerámica, pues en relación con ella gira la mayor parte de su informe. Algunos de los restos de esos tepalcates fueron localizados a una profundidad de cuatro metros, sobre todo en su

excavación de Tierra del Padre. Esa situación le permitió establecer cuatro complejos cerámicos. De entrada, reconoció un complejo temprano, caracterizado por los tipos “Chametla policromo temprano” y la versión temprana del tipo “Negro bandeado esgrafiado”. Ese complejo es el único en el que no tiene dudas en su caracterización, lo cual resulta paradójico, porque suele ser con los materiales tempranos donde hay menos elementos para insertarlos en complejos culturales. Luego estaría el complejo Chametla medio, caracterizado por los tipos “Chametla policromo medio”, “Chametla policromo medio grabado” y “Borde ondulado”; después, el complejo Aztatlán incluiría los tipos “Borde rojo decorado”, “Negro sobre bayo” y “Aztatlán” (éstos se encuentran estrechamente relacionados, aunque el básico es el primero); por último tendríamos el complejo El Taste-Mazatlán, determinado por los tipos “El Taste borde rojo”, “El Taste policromo”, “Mazatlán policromo”, “El Taste satín” y “El Taste burdo”.

En fin, resume: “Una fase cerámica temprana está bien definida. Sin embargo, la cerámica tardía está tan mezclada que no es posible una clara delimitación de periodos; esa vajilla puede agruparse en complejos que son, en probable orden cronológico: Chametla medio, Aztatlán y El Taste Mazatlán” (Kelly, 2008: 37).² Aun así, esta secuencia es la que, con ligeras modificaciones, utilizamos hasta la fecha para la arqueología del sur de Sinaloa. Con base en ello Isabel Kelly afirma que la ocupación de la parte baja del río Baluarte inicia hacia 300 d.C. y concluye hacia 1200 d.C.

² Esta secuencia fue revisada posteriormente por Charles Kelley y Howard Winters con base en “una gran cantidad de tepalcates y otros artefactos de la costa de Sinaloa” (Kelley y Winters, 1960: 547) recuperados en sitios del altiplano de Durango y Zacatecas, y establecen una correlación con las fases previamente definidas allá mediante fechamientos con carbono 14. De acuerdo con esta correlación, dividen la secuencia ocupacional de Chametla en dos horizontes: Chametla y Aztatlán, a los que, a su vez, subdividen en fases. El primero comprende dos: Tierra del Padre (250-500 d.C.) y Baluarte (500-750 d.C.), mientras al horizonte Aztatlán le corresponden tres: Lolandis (750-900 d.C.), Acaponeta (900-1050 d.C.) y El Taste (1050-1200 d.C.).

Uno de los hallazgos sobresalientes de la investigación de Isabel Kelly fueron los entierros en urna, y que desde entonces se cuentan entre los elementos más vistosos de la arqueología sinaloense. Todos los que exploró estaban en los cortes altos de Tierra del Padre (Kelly, 2008: 65), por ello es plausible asociarlos al complejo Aztatlán; sin embargo, las ofrendas más frecuentes asociadas a los entierros eran vasijas miniatura; el problema es que al no haberse localizado entre la basura “no pueden asimilarse a ninguno de los cuatro complejos cerámicos” (Kelly, 2008: 66), mientras los tres entierros directos que exploró eran secundarios y los considera tardíos (Kelly, 2008: 66). No obstante, G. Gill (1974) considera que los entierros en urna son una costumbre posterior a 750 d.C., y los integra dentro del complejo Aztatlán.

Después del trabajo de I. Kelly los alrededores de Chametla sólo habían sido objeto de algunas visitas esporádicas y cortos rescates. En septiembre de 1966, Héctor Gálvez, quien para entonces fungía como jefe, y único integrante, de la Delegación Arqueológica del Noroeste del INAH, realizó una visita de inspección en la localidad de Chametla, donde “colectó material cerámico de superficie” y en una visita posterior, efectuada el domingo 2 de octubre de 1966, observó: “Hay un saqueo desenfrenado y todas las gentes del pueblo tienen piezas arqueológicas que venden principalmente a turistas americanos; adquirí para el Museo de Mazatlán (en proyecto) aproximadamente 70 piezas con valor de 600 pesos” (Gálvez, 1966: 2). El saqueo, por supuesto, no ha sido deterrado del todo, pero ya no es práctica común su venta, ni a turistas estadounidenses, ni a arqueólogos: la mayoría de piezas se quedan ahora en el Museo Comunitario de Chametla.

En 1995, en el lapso de dos días Rafael Alducin rescató cinco urnas funerarias: “El presente trabajo describe una de esas culturas que se asentó en el área de Chametla, estado de Sinaloa, conocida principalmente por su tradición en enterramiento de urnas funerarias” (Alducin, 1997: 6). Describe el sistema de enterramiento de la siguiente forma: “Se descubrió un enterramiento secundario que era colectivo, algunas urnas se enterraban vacías y otras con restos infantiles,

siempre asociados a un enterramiento adulto” (Alducin, 1997: 7). La ofrenda consistió en “objetos de tamaño miniatura”. Incluso propone la cronología del enterramiento, que “va de 1100 d.n.e. a 1200 d.n.e. [...] esto se tomó en base a la comparación de fases cerámicas asociadas al enterramiento, como el complejo Aztatlán Policromo” (Alducin, 1997: 7). No dice, sin embargo, cuáles son los tipos de ese complejo.

Por su parte, Jorge Talavera realizó el análisis “bioarqueológico” de una de las cinco urnas recuperadas en Chametla por R. Alducin, concluye que, “con base a las observaciones, revisión y comparación de cerámica asociada y recuperada en el interior de las urnas, éstas corresponden cronológicamente, según la clasificación de la secuencia revisada para Sinaloa de Kelley y Winters (1960), a la fase Baluarte de 500 a 750 d. C.” (Talavera, 1997: 11). Por desgracia, tampoco nos dice cuál es esa cerámica asociada.

Por último, Joel Santos, arqueólogo del Centro INAH Sinaloa, ha realizado dos rescates en sitios aledaños a Chametla (Santos, 2007, 2008, 2012a). El primero fue en el paraje conocido como Tierra del Padre, entre el 19 y el 24 de agosto de 2002, no muy lejos del área excavada por R. Alducin siete años antes. “En Chametla no se han encontrado evidencias de arquitectura que definan la presencia de algún asentamiento. Los sitios detectados corresponden a concentraciones de material de superficie y zonas de enterramientos” (Santos, 2007: 3). En este marco llevó a cabo el trabajo arqueológico que llevó al rescate de nueve urnas, la mayor parte en malas condiciones; también hizo un breve recorrido por los alrededores, con base en lo cual el investigador concluye: “Si bien es difícil establecer una cronología, debido a que las urnas fueron depositadas de forma intrusiva, alterando la deposición natural del suelo, podemos situar su temporalidad con base en las observaciones cerámicas de superficie, en el periodo Chametla temprano medio, fase Baluarte *ca.* 500-700 d. C.” (Santos, 2007: 8).

Seis años más tarde, en 2008, Joel Santos efectuó otro rescate. Esta vez fue en el terreno frente a la Loma del Panteón, y que con Loma de Ramírez resulta ser el montículo más alto situado entre Chametla y Apoderado. El trabajo consistió en

tres unidades de excavación donde se recuperaron cuatro entierros directos y cuatro urnas funerarias, además de cuatro vasijas completas, a través de lo cual “fue posible recuperar información relevante sobre las etapas tempranas de la cultura Chametla” (Santos, 2008: 6). Además se pudo mostrar que el sitio “fue un promontorio realizado de forma artificial y que formaba parte de una de las terrazas del montículo del actual cementerio de Chametla” (Santos, 2008: 7), el cual data en una etapa temprana de ocupación.

A pesar de que la investigación arqueológica de la cuenca baja del río Baluarte se inicia relativamente temprano (en enero de 1930), y de que ésta es presuntamente el asiento de una de las capitales de provincia de la zona nuclear Aztatlán en el siglo XVI, y quizá desde antes (Grave, 2012a), a lo largo de los primeros 79 años los trabajos arqueológicos se limitaron a cinco estancias de menos de un mes, donde el pretexto fue el “hallazgo” de piezas completas y urnas funerarias, si bien se hizo con el loable interés de evitar su comercialización o destrucción.

El fin de una larga espera. El Proyecto Arqueológico Río Baluarte

Como parte del Proyecto Arqueológico Río Baluarte se han realizado dos temporadas de campo de seis semanas cada una; en ellas se recorrieron alrededor de 72 km², en los cuales hemos registrado 108 sitios arqueológicos: 73 en su margen sur y 35 en su margen norte, aunque hemos excavado sólo una pequeña porción de la Loma de Ramírez (Grave y Nava, 2010 y 2012a). La mayor parte de los asentamientos se ubican en la misma zona, apenas a un kilómetro del río, donde el suelo es rico en nutrientes (fig. 2); en cambio, en las orillas del río propiamente dichas, caracterizadas por suelos arenosos y con peligro de inundaciones constantes, de hecho, no hay vestigios arqueológicos. Aun cuando se hicieron algunas incursiones en la terraza baja, los lugareños confirmaron en forma reiterada que ahí no había: “No, esas cosas que buscan ustedes acá no hay. Los monos están allá, por Chametla, por Apoderado, por El Pozole”.

De tal modo, los asentamientos están agrupados en la zona más fértil y se encuentran tan cercanos entre sí (200 a 300 m) que dan la apariencia de una sola comunidad con caseríos dispersos, con las parcelas de cultivo mezcladas entre ellos. Tal aglomeración de sitios arqueológicos recuerda las descripciones de los soldados-cronistas que acompañaban a Nuño de Guzmán en la conquista de lo que ahora es el sur de Sinaloa. Si bien no todos los asentamientos estuvieron ocupados al mismo tiempo, hay notables diferencias entre las diversas comunidades arqueológicas.

En efecto, la mayoría de asentamientos arqueológicos son pequeños y se caracterizan por una “lomita”; esto es, apenas una ligera elevación, en su mayor parte arrasadas por la acción continuada de la práctica agrícola: hasta hace algunos años el arado y recientemente el tractor, que de manera constante hace penetrar su rastra hasta 40 cm de profundidad y así destruye, lenta pero inexorablemente, los vestigios arqueológicos.³ Ese problema es importante en la zona, pues al estar ubicados los asentamientos en las mejores tierras de cultivos, de hecho todos los sitios muestran alguna afectación.

Aun así, los materiales cerámicos, líticos y macrológicos son notorios y abundantes en las lomas, incluso algunas han resistido con pocos daños los embates de la rastra, ya sea porque los propietarios de los terrenos los consideran importantes o por un sentido práctico, pues en los montículos arqueológicos no “pegan” el mango ni el chile y por eso no se siembra en ellos; por desgracia, no sucede lo mismo en muchos de los casos y los agricultores se aferran con desesperación al cultivo del mango, aun cuando los terrenos no sean apropiados para ello. Eso resulta evidente en el sitio principal, cuya superficie se encuentra cubierta por huertas de mango.

Entre los sitios arqueológicos donde son notables los montículos podemos mencionar, en su margen sur a RB-09 La Loma del Guancho, RB-13 La Bandera, RB-15 El Bebelamo, RB-18

³ De hecho, en uno de los recorridos por la vertiente norte del río nos encontramos con un tractorista que comentó, con orgullo, que sus servicios eran muy solicitados, ya que era “un experto en desparparar las lomas para que el terreno quedara parejito”.

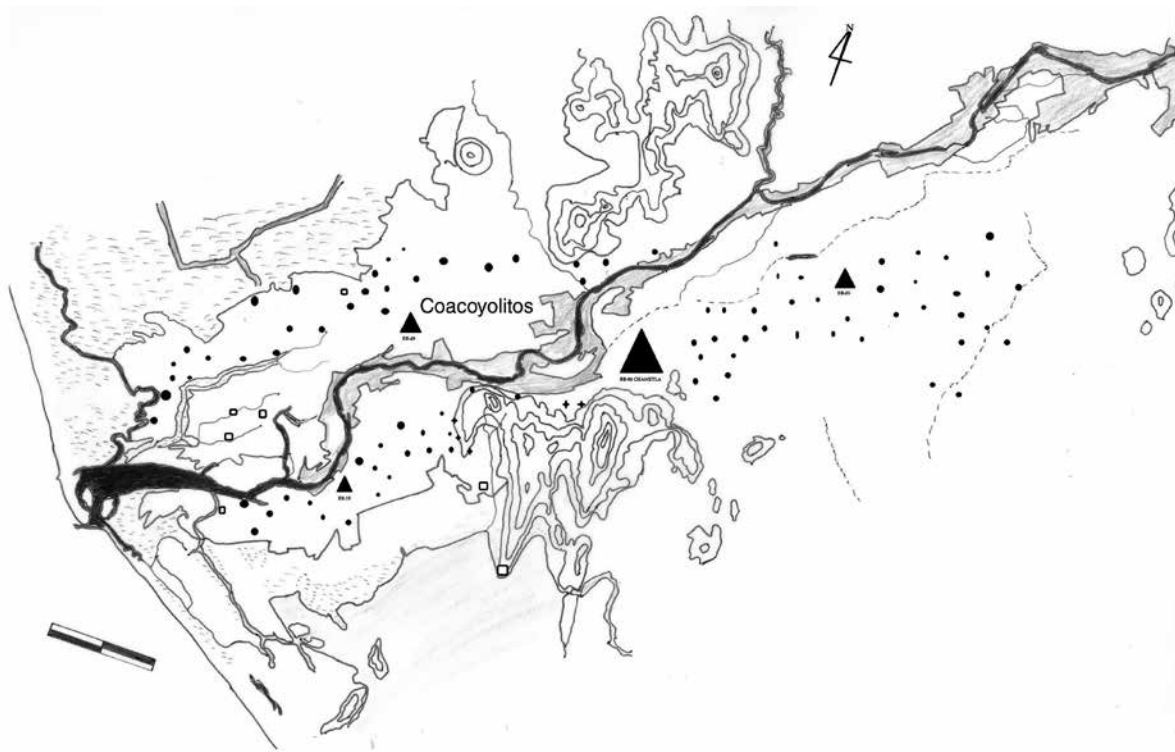


Fig. 2 Mapa con la ubicación de los 133 sitios registrados por el Proyecto Arqueológico Río Baluarte en dos temporadas de campo.

La Jarilla, RB-20 El Mezcalar, RB-75 La Loma de los Magueyes, RB-88 El Pozole, RB-92 Loma de las Pilas y, sobre todo, RB-85 Apoderado. En su margen norte destacan los asentamientos ubicados en las cercanías del estero Agua Dulce, ya casi en la desembocadura del río en el mar (RB-38, RB-39, RB-40, RB-41, RB-42 y RB-43), y los que se encuentran en los suburbios de Agua Verde (la población más importante de la margen norte de la cuenca baja del río Baluarte), y entre ellos podemos mencionar a RB-62 El Ciruelo, RB-64 La Quinta y RB-65 Ojo de Agua.

Entre ambas zonas se localiza el sitio RB-49 Coacoyolitos. Tanto destaca este sitio en la margen norte del río que todo aquel que nos encontramos en nuestro deambular por las huertas de mango, y fueron muchos, rápidamente reviraban: “no, aquí no hay. Si quieren encontrar monos vayan al Coacoyol”, también conocida como “La Loma de Mon Aguilar”. Lo cual no es para menos: el sitio arqueológico de Coacoyolitos se com-

pone de cuatro conjuntos, abarca más de 40 ha (1000 m de este a oeste por 400 m de norte a sur) y se ubica a orillas de la laguna El Marino. El conjunto principal es una enorme plataforma de casi 400 m de largo por 160 m de ancho en la que se asientan tres montículos (fig. 2). En general es uno de los sitios con la mayor cantidad y calidad de materiales arqueológicos; además de metates, manos de metate, hachas, malacates, figurillas y puntas de proyectil, recuperamos tiestos diagnósticos de las distintas etapas de ocupación reconocidas hasta ahora en el sur de Sinaloa al menos desde 250 d.C. y quizá hasta la llegada de los españoles.⁴

Sin embargo, no es el asentamiento principal de la cuenca baja del río Baluarte. Ése se encuentra en la margen sur, entre las poblaciones de Apo-

⁴ Se trata del mismo sitio que Isabel Kelly, erróneamente, registró como Cocoyolitos y del que le mencionaron (quizá en Agua Verde) que era el Chiamatlan de los relatos de la conquista (Kelly, 2008: 7).

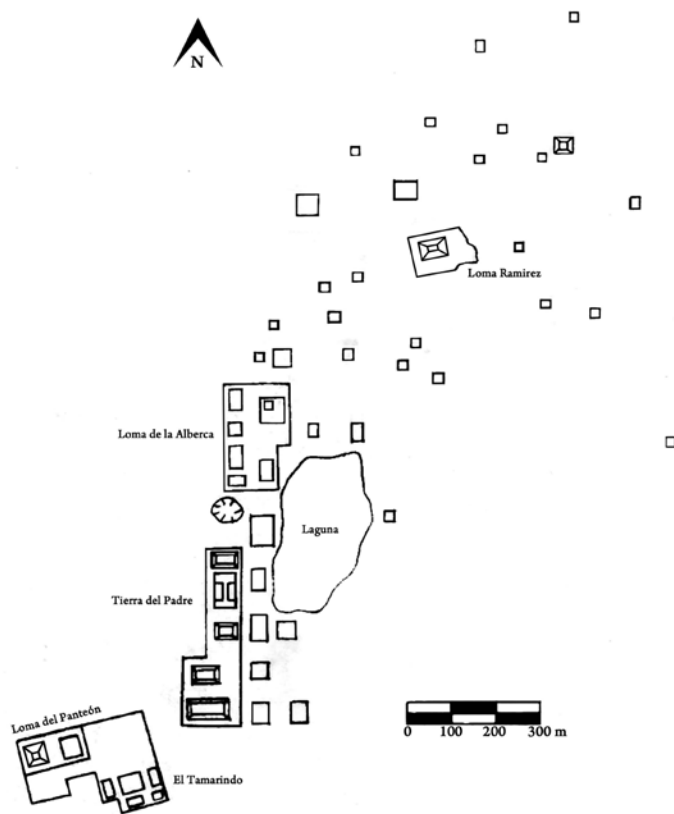


Fig. 3 Croquis del sitio arqueológico de Chametla, el asentamiento principal del río Baluarte.



Fig. 4 La salida del Sol por encima del cerro del Yauco vista desde el juego de pelota de Chametla. 19 de julio de 2009.

derado y Chametla, y fue registrado con el nombre de esta última: RB-01 Chametla. Es el mismo sitio destacado por Sauer y Brand, es decir, el ex-

cavado por Kelly, Alducín y Santos, mismo que visitó Gálvez y de donde compró algunas de las piezas que hoy forman parte del Museo Arqueológico de Mazatlán.

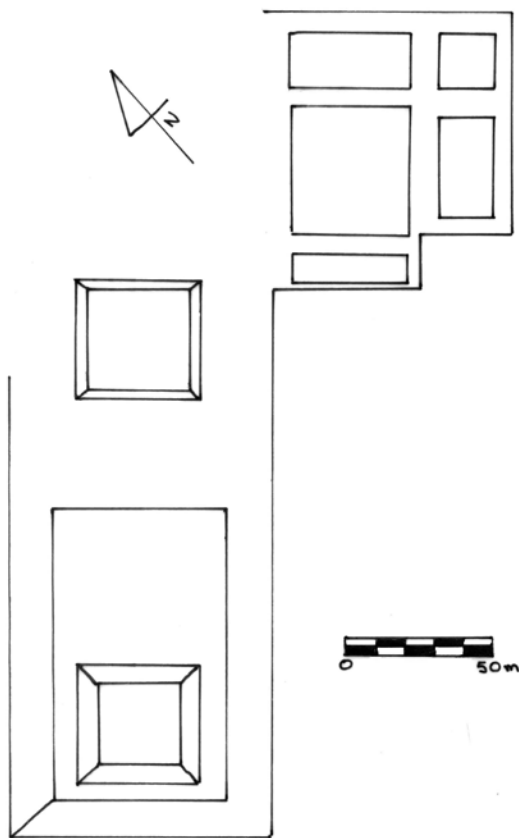
El sitio arqueológico de Chametla tiene una extensión de casi 100 ha (1 500 m de este a oeste por casi 600 m de norte a sur) y cuenta con más de 50 montículos (fig. 3). El grupo principal está conformado por los *locus* 17 (Loma de la Alberca), 20 (Tierra del Padre), 25 (El Tamarindo) y 26 (La Loma del Panteón), un complejo ininterrumpido de extensas plataformas sobre las que se asientan 22 estructuras arquitectónicas; destaca en primer lugar La Loma del Panteón, ya que se compone de una plataforma de 150 m de norte a sur por casi 60 m de ancho, y en cuyo lado sur se halla un montículo piramidal de 40 m de lado en su planta y poco más de 8 m de altura.

Por su parte, en Tierra del Padre, complejo conformado por más de diez montículos, sobresale el conjunto ubicado hacia el norte; ahí se localizan una plataforma alargada y un grupo de cuatro plataformas acomodadas alrededor de lo que parece un patio hundido; sin embargo, dadas sus dimensiones (39 m de norte a sur por sólo 10 m de este a oeste) la interpretamos como la cancha de un juego de pelota.

Así mismo, ya hacia Apoderado se levanta otra estructura conocida como Loma de Ramírez, una loma natural acondicionada mediante rellenos artificiales hasta conformar una enorme plataforma de casi 100 m por lado, sobre la cual hacia el norte se levanta un montículo piramidal de casi 10 m de altura.

Todo el conjunto está orientado hacia la cima del cerro San Isidro y hacia el este, el sol sale en el cerro del Yauco, el cerro que todavía tiene reminiscencias sagradas para los habitantes del municipio de El Rosario, Sinaloa (fig. 4).

Ensayamos una clasificación de acuerdo con las dimensiones y complejidad de los asentamientos de la cuenca baja del río Baluarte con miras a



● Fig. 5 Croquis de la Loma del Panteón, donde se observa el patrón arquitectónico característico de los edificios ceremoniales.

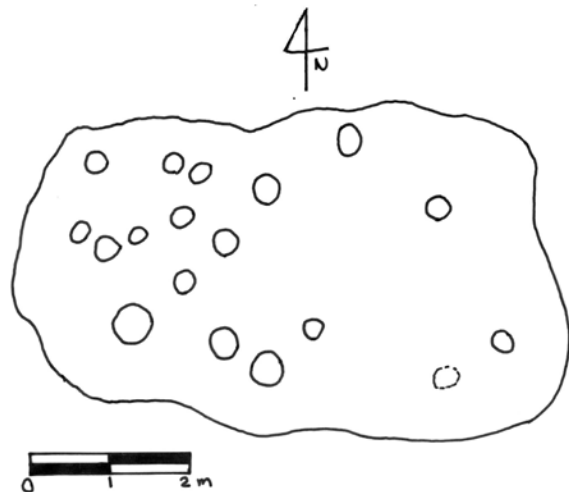
reflejar el desarrollo político de la zona en la época prehispánica. El nivel 1 lo conforma únicamente Chametla, el cual presenta una superficie y complejidad mayores que el resto de asentamientos de la zona e incluye al menos quince estructuras de carácter ceremonial (entre ellos, basamentos piramidales y canchas para el juego de pelota) distribuidos alrededor de plazas. A pesar de la información recibida por Sauer y Brand sobre la presencia de otro sitio como éste en la desembocadura del río, en realidad ninguno de los registrados en el área resulta siquiera comparable.

No obstante, sí hemos registrado al menos tres asentamientos en un nivel inferior (nivel 2): dos de ellos: RB-15 El Bebelamo y RB-49 Coacoyolitos se localizan río abajo, uno en cada margen, pero todavía lejos de la zona de marismas; a su vez, el RB-85 Apoderado se ubica sólo seis kilómetros al noreste de Chametla. Los tres forman

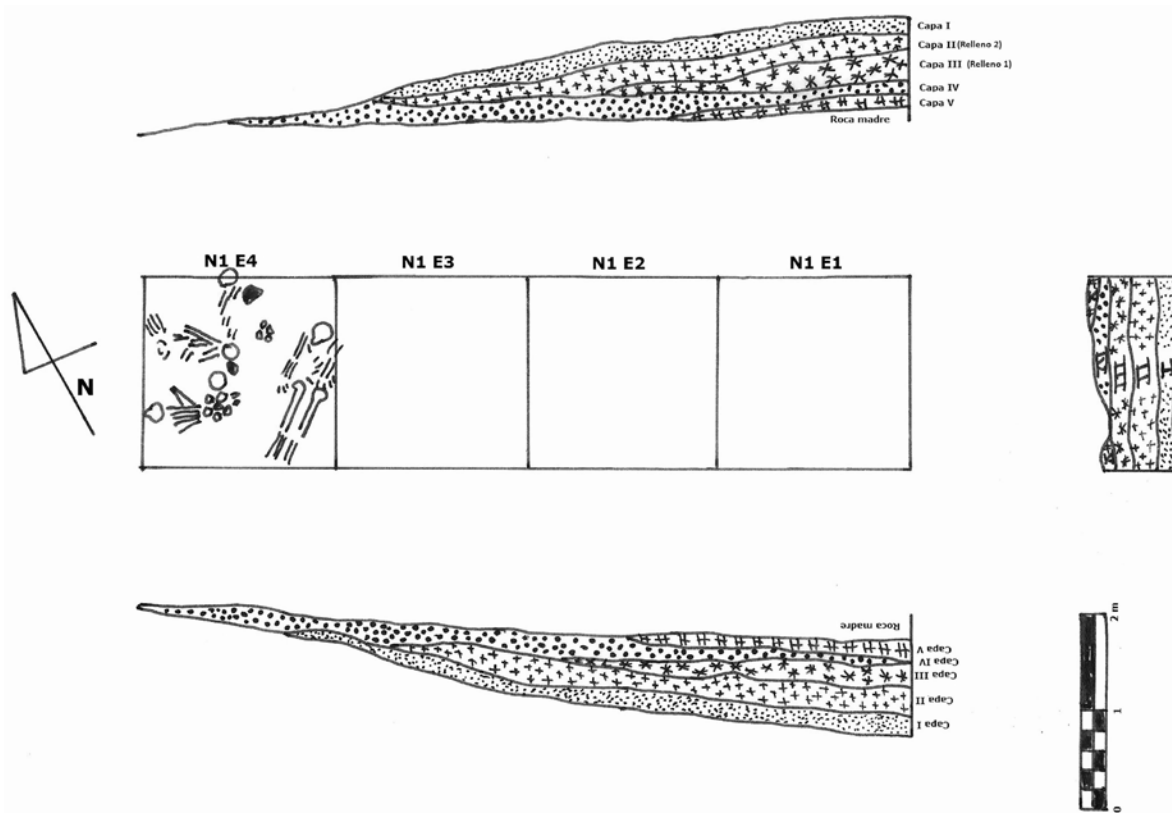
una extensión superior a 20 ha y presentan al menos cinco montículos, y entre ellos destaca uno con más de cinco metros de altura (fig. 3).

Los más importantes edificios de los asentados en la cuenca baja del río Baluarte se caracterizan por presentar una extensa plataforma alargada, en uno de cuyos extremos se levanta un montículo cuadrangular (fig. 5). Este patrón se repite en las dos estructuras más altas de Chametla: Loma de Ramírez y Loma del Panteón, así como en el montículo 1 de Apoderado (conocido localmente como La Loma de los Chivos) y en el montículo 4 El Bebelamo. Incluso un sitio menor: RB-92 Loma de las Pilas muestra ese mismo patrón arquitectónico. Todos esos edificios, al igual que la cancha para el juego de pelota de Chametla, se orientaron tomando como referencia uno o varios de los cerros circundantes principales, como el cerro del Yauco, el cerro San Isidro y el cerro del Nancho de Chametla.

El nivel 3 de asentamientos agrupa a la mayor parte de sitios arqueológicos registrados hasta ahora, pues ahí se clasificaron 90 de 108 sitios. Se caracterizan por una relativamente alta concentración de materiales arqueológicos y en algunos, como el ya mencionado RB-92 y al menos otros 35, todavía conservan una elevación; en contados casos (como RB-13 La Bandera, RB-18 La Jarilla y RB-88 El Pozole) presentan tres o más. Su tamaño varía desde menos de una hasta cinco hectáreas.



● Fig. 6 Piedra con hoyos en el sitio Las Ollitas II.



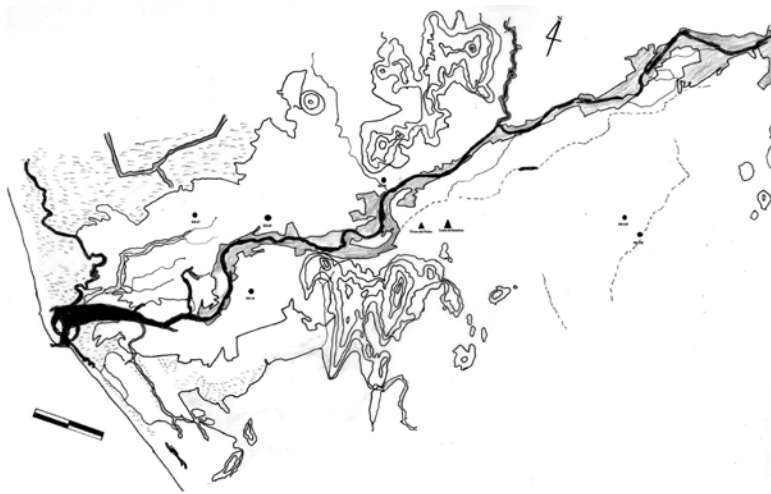
© Fig. 7 Planta y cortes estratigráficos de la Unidad de Excavación I en Loma de Ramírez.

Por último, en el nivel 4 ubicamos los concheros y los interpretados como parcelas o campos de cultivo; esto es, áreas donde sólo se realizaban prácticas agrícolas o de pesca y que eran habitados, si lo eran, por cortos periodos. Por supuesto, en los alrededores de los sitios más grandes se cultivaba y en la mayor parte de asentamientos recuperamos conchas de moluscos, sobre todo en los que se localizan en la parte baja de la margen norte del río, en las cercanías de la zona de marismas de Agua Dulce, municipio de Escuinapa, Sinaloa.

Además, se registraron cinco sitios (todos al pie del cerro del Nanche o cerro de Chametla) que podemos interpretar como espacios rituales: se trata de piedras con pozos (las llamadas “jícara pétreas” en la sierra del Nayar) y que sirven como recipientes de ofrendas (Francisco Samaniega, comunicación personal, 2010) (fig. 6). Al costado de uno de esos sitios se construyó la iglesia de Chametla, cuya entrada también orienta hacia el

cerro San Isidro. Y lo mismo en la cima de Loma de Ramírez: seis de las piedras del afloramiento rocoso sobre el que se construyó el templo presentan pocitos.

Durante la segunda temporada se llevó a cabo la exploración de Loma de Ramírez mediante dos calas de aproximación: una en la parte norte de la plataforma y otra en el costado este del montículo superior. A partir de la Unidad 1 pudimos determinar el sistema constructivo de la plataforma, el cual consistió en la adición de dos rellenos hechos con tierra arcillosa (fig. 7). El primero fue registrado como Capa III, y al parecer data de la fase Tierra del Padre (250-500 d.C.), ya que el único tipo diagnóstico recuperado ahí corresponde al Chametla policromo temprano, además de fragmentos de figurillas de Cara roja asociados a esa misma fase (Kelly, 2008; Santos, 2012b). El segundo relleno (Capa II) corresponde a una ampliación efectuada en la fase Baluarte (500-750 d.C.), de acuerdo con el material cerámico



● Fig. 8 Mapa con los sitios con ocupación del Horizonte Chinesco y fase Tierra del Padre.

dominante. Al pie de la plataforma descubrimos cinco entierros humanos que presentaban algunas ofrendas, pero cuya restauración no ha sido completada; sin embargo, podemos adelantar que en general se trata de vasijas miniatura y una vasija efigie.

A partir de la Unidad 2 pudimos comprobar que en la construcción de Loma de Ramírez se aprovechó una loma natural a la que se dio mayor homogeneidad mediante un relleno de tierra arcillosa y buena compactación. Tanto en el relleno, registrado como Capa II, como en la superficie original de la loma (Capa III) recuperamos fragmentos tanto del tipo Chinesco policromo, característico de la tradición de Tumbas de Tiro en el Altiplano nayarita y jalisciense entre 100 a.C. y 400 d.C. (López y Ramos, 2006; Townsend, 2006), como del tipo Chametla policromo temprano, ya señalado como diagnóstico de la fase Tierra del Padre (fig. 8). Se localizaron además dos entierros humanos, uno depositado en forma directa y otro en urna; también se localizó un entierro de perro, los restos de otra urna, pero sin huesos, una vasija muy deteriorada y un basurero de conchas de almeja.

En la Capa I, correspondiente a la superficie del montículo, el material data sobre todo de la fase Baluarte, aun cuando se observaron algunos tiestos del tipo Decorado con Borde rojo (uno de

los tipos representativos del Horizonte Aztatlán), e incluso cerámica de la fase El Taste. Esto es, si bien la adecuación de la loma comienza quizá en algún momento entre 100 a.C. y 250 d.C., y la plataforma circundante se construyó sin duda entre 250 y 500 d.C., con una ampliación entre 500 y 750 d.C., Loma de Ramírez sigue siendo visitada durante el resto de la ocupación prehispánica, e incluso se efectuaban todavía rituales en ella, aunque ya no se realizara otro remozamiento.

Con base en los materiales cerámicos establecimos la secuencia ocupacional de la zona

y podemos proponer que ésta se inicia en el periodo 100 a.C.-250 d.C., para concluir con la llegada de los españoles en 1530. Sin embargo, usamos como diagnósticos sólo algunos de los 50 tipos identificados, pues durante la excavación en Loma de Ramírez, así como en otros sitios del sur de Sinaloa, los hemos encontrado estratigráficamente diferenciados (Grave, 2000 y 2005; Grave y Nava, 2009), y por ello podemos considerarlos como indicadores de fases distintas. Tal es el caso de los tipos Chinesco negro/crema y Chinesco policromo, indicadores de la ocupación en la zona entre 100 a.C. y 400 d.C., así como de los tipos Chametla policromo temprano y Chametla policromo medio, diagnósticos de las fases Tierra del Padre y Baluarte, respectivamente. Vale la pena agregar que se identificó un nuevo tipo: Baluarte policromo, de características similares al tipo Chametla policromo medio, pero lo bastante distinto para establecerlo como tipo diferente (Grave y Nava, 2010); es decir, aunque los motivos decorativos son básicamente los mismos (líneas y puntos), se diferencian en la aplicación de los colores: en el primero se utilizan sobre todo el negro, el naranja y el blanco. En el tipo Baluarte los colores son guinda, negro y blanco, mientras el naranja está casi ausente.

En el caso del horizonte Aztatlán, aunque Charles Kelley y Howard Winters (1960) lo dividen en

dos fases (Lolandis y Acaponeta) nosotros no nos atrevemos a ello, pues mediante la excavación de algunos sitios arqueológicos en el río Presidio (Grave, 2000 y 2005) los tipos diagnósticos de esas dos fases (Borde Rojo decorado o Tuxpan Rojo/naranja y Botadero inciso, respectivamente) los hemos localizado mezclados, por lo cual proponemos un periodo para este horizonte que va de 750 d.C. hasta 1100/1200 d.C.

Una situación similar se da con los tipos utilitarios Borde rojo y Banda negra grabada. Éstas se encuentran a lo largo de toda la secuencia estratigráfica y, por ende, se les asocia tanto a los materiales diagnósticos de las fases Tierra del Padre y Baluarte como a los del horizonte Aztatlán, e incluso con los de la fase El Taste (Grave, 2005; 2012b); sin embargo, en diversos estudios han sido tomados como indicadores de la fase Baluarte (Grave, 2000; Gámez, 2004; Santos, 2007; 2008; 2012a), esto a pesar de que tal situación ya había sido observada por I. Kelly desde 1938: “Las cerámicas fundamentales de Chametla son las utilitarias de borde rojo y la de banda negra. Pese a las sucesiones de diversos estilos policromos, ambas persisten en todos los cortes de todos los sitios” (Kelly, 2008: 37). Por ello en esta oportunidad no los consideramos elementos diagnósticos.

Las cerámicas monocromas se encuentran igualmente a lo largo de toda la secuencia de ocupación de la zona. El único tipo monocromo exclusivo de una fase es El Taste satín, y corresponde precisamente a la fase El Taste-Mazatlán, cuya característica es el acabado satinado (derivado de un intenso bruñido), característica que comparte con los tipos El Taste Borde rojo y El Taste policromo, y cuya temporalidad abarca desde 1200 d.C. hasta la época del contacto europeo. Con base en lo anterior proponemos la secuencia ocupacional. En cinco asentamientos (RB-01 Chametla, Locus 5, RB-47 y RB-65 Ojo de Agua I) localizamos en superficie materiales del complejo Chinesco, así como en la excavación de Loma de Ramírez. De esta manera logramos identificar material Chinesco en cinco asentamientos de la cuenca baja del río Baluarte: RB-01 Chametla, RB-18 La Jarilla, RB-49 Coacoyolitos, RB-65 Ojo de Agua y RB-101; éstos son, básicamente, los mismos en que hemos logrado



Fig. 9 Figurilla hueca del Museo Comunitario de Chametla, Sinaloa, con rasgos similares a las figuras chinescas.

recuperar materiales diagnósticos de la fase Tierra del Padre (250-500 d.C.), por lo cual pareciera que la zona estuvo deshabitada antes de 500 d.C. (fig. 9) y luego, de improvviso, tiene lugar el *boom* ocupacional.

Sin embargo, no es así el caso. De particular importancia en este sentido son los resultados obtenidos durante la excavación de Loma de Ramírez. En efecto, parece claro que ya desde épocas tan tempranas como 250 d.C., o antes, se inició la construcción de edificios monumentales; en ese caso, tuvieron el acierto de aprovechar un afloramiento rocoso que probablemente ya antes era un lugar de importancia simbólica, a juzgar por la presencia de los pocitos o “júcaras pétreas” en las piedras de su cima y su ubicación referenciada tanto hacia el cerro del Yauco como a la cima del cerro San Isidro.

También consideramos relevante el hecho de que ahí se hayan encontrado asociados estratigráficamente los tipos chinescos con el Chametla



© Fig. 10 Ubicación de los sitios con ocupación de la fase Baluarte.

policromo temprano, por lo que vale la pena preguntarse si no podrían ser contemporáneos. Joseph Mountjoy (1989: 89) ya lo había señalado: “La fase Gavilán del sitio Amapa, Nayarit y la fase Chametla temprano (Tierra del Padre) en Sinaloa parecen ser contemporáneas a la cultura Tumba de Tiro y posiblemente las dos fases están relacionadas con esta cultura”. Debemos recordar, así mismo, el comentario de Sauer y Brand, de que “varios nativos tienen en sus casas grandes figuras huecas pintadas del tipo Ixtlán”. Y en el Museo Comunitario de Chametla hay dos figurillas con características muy similares a las de las figurillas chinéscas.

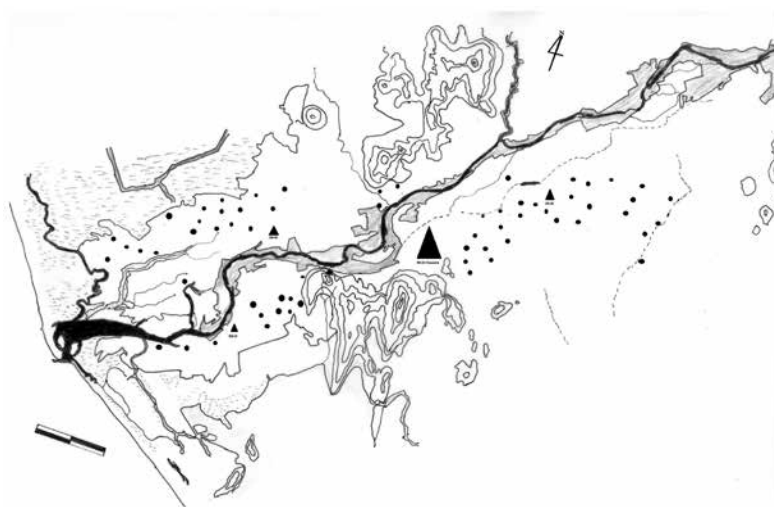
Más aún, algunos elementos distintivos de las figurillas antropomorfas del sur de Sinaloa y norte de Nayarit (por ejemplo, los brazos delgados colocados sobre la cadera y la planta del pie en forma de media luna) tienen paralelos en las típicas figurillas de tumbas de tiro del altiplano nayarita. Si bien los datos son escasos, tales hallazgos podrían estar señalando que los primeros habitantes de la región quizá hayan llegado de aquellos rumbos y luego desarrollaron su propia cultura, diferenciándose cada vez más de la tradición del altiplano. O bien, que ambas zonas estuvieron pobladas por grupos con una misma tradición cultural, como sugiere la lingüística histórica (Dakin, 1994 y 2001; Valiñas, 1994 y 2000; Grave, 2012a: 183-190).

Sea como sea, lo cierto es que a pesar de que con los resultados del reconocimiento de superficie pareciera que la zona estaba casi desocupada antes de 500 d.C., y sin embargo, a sus pocos habitantes les alcanzó el esfuerzo para construir un edificio de carácter monumental. Por tanto, es de esperar que mayores excavaciones saquen a la luz más evidencias de que la zona tenía ya una importante ocupación en la parte inicial del primer milenio después de Cristo.

Después del 500 d.C. la plataforma de Loma de Ramírez

debió agrandarse, lo cual nos indica que seguía siendo uno de los principales centros ceremoniales, si no el centro ceremonial de la zona; ésta, para entonces, sin duda ya estaba ocupada con cierta extensión y densidad (fig. 10). En efecto, los tipos Chametla policromo medio y Baluarte policromo, tipos cerámicos diagnósticos de la fase Baluarte, los encontramos cuando menos en 45 asentamientos; entre ellos muchos de los que denotan mayor tamaño y complejidad.

Así pues, con los datos recuperados en las dos primeras temporadas de campo del Proyecto Arqueológico Río Baluarte podemos establecer que a partir de 500 d.C. se ocupó extensa e intensivamente su cuenca baja. Así mismo, es probable que la tendencia iniciada la fase anterior, en lo que respecta a la construcción de edificios de carácter ceremonial, se haya intensificado a partir de entonces. Como ya vimos, la plataforma circundante de Loma de Ramírez se hizo más grande y alta en esta fase, aun cuando más tarde ya no fue remozada, a pesar de que sus alrededores permanecieron densamente poblados. Ello se debió, quizá, a que el mayor fortalecimiento de las élites otorgó mayor prestigio a *construir* que el sólo acondicionar lomas naturales ya existentes. Material de la fase Baluarte se encuentra en la superficie de varios de los montículos principales de los asentamientos de cierta complejidad, entre ellos RB-85 Apoderado, RB-88 El Pozole y



© Fig. 11 Ubicación de los sitios con ocupación del horizonte Azatlán.

RB-92 La Loma de las Pilas, así como los del complejo principal de la cabecera regional: RB-01 Chametla (Alducin, 2005; Grave y Nava, 2010; Kelly, 2008; Santos, 2007, 2008); a ese periodo corresponde la construcción del pequeño centro ceremonial de Juana Gómez, distante apenas 15 km al sur (Grave y Nava, 2009; 2012a). Para orientar estos edificios aún se tomaba como referencia la cima de los cerros circundantes: El Yauco, San Isidro y El Nanche o de Chametla, lo cual indica una continuidad cultural manifiesta en los materiales cerámicos (Grave, 2012a).

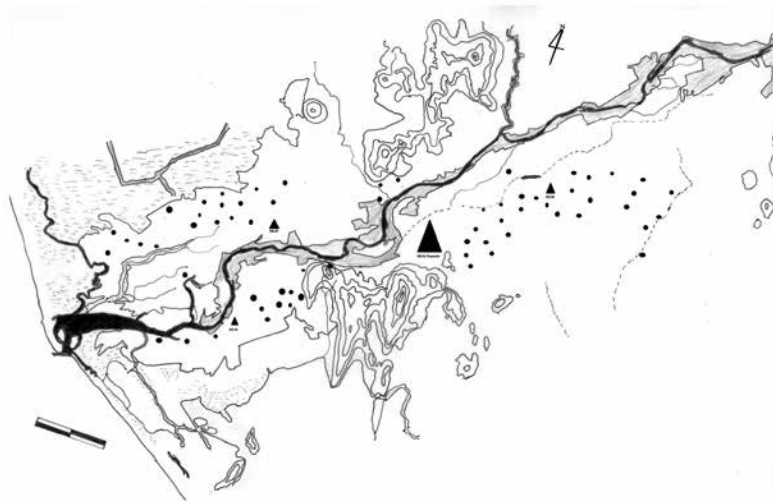
A su vez, la cerámica diagnóstica del horizonte Azatlán (750-1100/1200 d.C.) se localizó en 72 de 108 sitios arqueológicos registrados (fig. 11). Entre ellos, todos los de mayor complejidad. Aunque es factible que la construcción de estructuras monumentales se haya iniciado en las fases anteriores, lo cierto es que la función a que estaban destinados, la celebración de rituales públicos, se hace mucho más evidente a partir de este momento, pues coincide con un aumento general de la población en los principales asentamientos, en particular Chametla, considerado el centro rector. De 38 “lomitas” interpretadas como habitacionales ubicadas en los alrededores del centro ceremonial, cuando menos quince se habitan por primera vez a partir de ese momento, así como, en general, los pequeños caseríos localizados a menos de tres kilómetros de los principales edifi-

cios del culto; esto es, Loma del Panteón y la cancha para el juego de pelota. Lo mismo se aplica a El Bebelamo, Coacoyolitos y Apoderado, cuya ocupación principal corresponde a la parte tardía de la ocupación prehispánica, que inicia hacia 750 d.C. “Lo permanente se acentuaba cada vez más. La dificultad de la construcción de un centro tal, el acarrear piedras desde gran distancia, el número de participantes en ese trabajo, el lapso mismo que demandaba su construcción, todo contribuyó a aumentar su prestigio como cosa perdura-

ble” (Canetti, 2003: 397).

Esos edificios eran las sedes de los rituales públicos dirigidos por el estamento gubernamental y, en efecto, uno de los mecanismos para mantener la cohesión de los gobernados en torno al grupo gobernante son las fiestas colectivas y para ello se construyeron los espacios ceremoniales, grandes o pequeños, de los principales centros políticos en Mesoamérica (Grave, 2011a). Sinaloa no fue la excepción en la época prehispánica (Grave, 2012c), y uno de los ejemplos más claros de ello es visible a la luz de los resultados obtenidos en la investigación de la cuenca baja del río Baluarte.

Tal dinámica se mantiene durante la fase El Taste, último periodo de ocupación prehispánica en la región e incluso el patrón de asentamiento manifiesta un incremento de la población (fig. 12), ya que se ocupan cinco nuevos sitios, se construyen nuevos montículos en Coacoyolitos y quizá se haya dado un agrandamiento de la Loma del Panteón en Chametla, pues la mayor parte de los tiositos localizados en su superficie corresponden esta fase. Así, la etapa previa a la llegada de los españoles a la zona parecería la más densamente poblada en la época prehispánica y así la vieron los primeros europeos en pisar tierras ahora sinaloenses, quienes hallaron que “este pueblo está muy bien poblado, va hasta la mar poblado, va un gran río en medio de lo poblado hasta la mar” (Sámano, 1981: 281).



© Fig. 12 Ubicación de los sitios con ocupación de la fase El Tasmazatlán.

Todos los tipos cerámicos identificados pertenecen de hecho a la tradición cultural de la región sur de Sinaloa y norte de Nayarit. Una excepción es el tipo Iago policromo (fig. 13). Ese tipo fue identificado por primera vez en Amapa, Nayarit, y su peculiaridad no pasó desapercibida para G. Grosscup (1976: 229): “Iago policromo es sorprendentemente común en los niveles de la fase Cerritos en Amapa. Es sorprendente porque esa cerámica es completamente distinta de todas las cerámicas anteriores y contemporáneas en el sitio”.

La sorpresa de Grosscup es justificada, pues de acuerdo con las recientes investigaciones en El Teúl, Zacatecas, el tipo Iago policromo parece ser originario de esa zona (Solar, 2011). Tal hecho es de capital importancia porque es otra muestra de la intensa relación existente entre las diversas regiones del occidente y noroeste de México, en este caso el altiplano zacatecano y la costa de Sinaloa y Nayarit, cuando menos desde 800/900 d.C. La fase Cerritos de Amapa es contemporánea de la fase Acaponeta del río Baluarte (900-1100 d.C.); es decir, dentro del horizonte Aztatlán.

Tales relaciones también se evidencian mediante uno de los materiales básicos en las vastas redes de intercambio del México prehispánico: la obsidiana. Aunque en el sur de Sinaloa hay presencia de yacimientos de pedernal (Gutiérrez, 1959), la materia prima más usada en la cuenca baja del

Baluarte para la elaboración de los artefactos de corte fue la obsidiana. Solían distinguirse seis distintas clases de obsidiana en función de su color: verde lama, gris claro, gris oscura, gris oscura con vetas, café y cafetosa. La inmensa mayoría, tanto en superficie como en excavación, corresponde a la de color verde lama, la cual parece proceder del yacimiento del cerro de las Navajas, ubicado en las cercanías de Tepic, Nayarit. Otros yacimientos de origen son: Cinco Minas y El Pedernal, cerca de Teuchitlán, Jalisco; Pénjamo y Abasolo en

Guanajuato; Llano Grande, en Durango, y la sierra de las Navajas en el estado de Hidalgo (Tenorio *et al.*, 2015).

Los artefactos de lítica pulida, por su parte, fueron elaborados con piedras de origen local: granito, granodiorita y basalto. El granito y la



© Fig. 13 Tipo cerámico Iago policromo.

granodiorita son las rocas más abundantes en la región y fueron usadas de manera profusa, al igual que el basalto. De éste hay un importante yacimiento en la zona conocida como Meseta de Cacaxtla, 100 km al norte del río Baluarte (Gutiérrez, 1959). Las piedras con que elaboraron las hachas de garganta resultan difíciles de identificar, si bien es probable que se trate de esquistos o serpentinita, ambas, aunque escasas, presentes en la región.

Comentarios finales

E aq̄este es más propio nombre suyo, porque Chamola [Chametla] es un grand pueblo que, antes que los cristianos fuesen a aquella tierra, era la cabecera de toda ella.

Gonzalo Fernández de Oviedo

El estudio arqueológico de superficie de la cuenca baja del río Baluarte, aunque todavía no se ha completado, permite adelantar algunas conclusiones. En primer lugar, la zona estaba ya habitada en los inicios de nuestra era, aun cuando no podemos determinar si se trata de la primera ocupación o si ésta inició antes. De cualquier modo, derivado del amplio espectro de recursos a que se tenía acceso, la zona fue una de las más densamente pobladas durante la época prehispánica en el noroeste de México. De hecho, la ubicación de los asentamientos, así como los materiales asociados, indican que no únicamente la agricultura fue la actividad económica importante, sino también, y en buena medida, la pesca y la recolección de moluscos. Actividades que se intensifican al menos a partir de 500 d.C. y cuya explotación aumenta en la última etapa de ocupación, tanto aquí como en las vecinas marismas de Escuinapa (Grave, 2011b).

La explotación de los recursos del estero y la intensificación en la práctica agrícola coincide con el paulatino aumento de la población y también con la marcada diferenciación social, manifestada con cierta claridad a partir de 500 d.C. pero que parece iniciar un poco antes, según pudimos observar en Loma de Ramírez. La construcción

de estructuras arquitectónicas monumentales en sólo algunos asentamientos señala que estaban por encima, en términos de estratificación política, que los demás y, por ende, también los impulsores de su construcción: los sacerdotes-gobernantes. En este sentido vale la pena remarcar que los principales edificios ceremoniales presentan un diseño arquitectónico similar; esto es, una plataforma alargada con un montículo en uno de sus extremos. Diseño que es compartido en otras zonas del sur de Sinaloa y norte de Nayarit (Garduño, 2007; Grave, 2012d), y otro de los elementos que nos permitió establecer tan vasta área como una misma región a lo largo del tiempo (Grave, 2012a).

Aún desconocemos el significado específico de ese patrón arquitectónico, fuera del significado general de toda pirámide como una imagen de la montaña sagrada (Eliade, 1994; López Austin y López Luján, 2009). De hecho, todos esos edificios se construyeron tomando como referencia tres de los principales cerros de la zona: el cerro San Isidro al norte; el cerro del Yauco al oriente y el cerro del Nanche o de Chametla al oeste. Que nos baste ahora con destacar el significado de sus nombres. San Isidro es el patrón de los agricultores; Yauco es un término de origen náhuatl y se puede traducir como “el lugar del yauhtli” o “el lugar de los que son de yauhtli”, una de las fórmulas con que se refieren a los tlaloque, los dioses de la lluvia en el *Códice Florentino* (López Austin y López Luján, 2009: 54); por tanto, el cerro del Yauco se puede relacionar con el Tlallocan o cerro del oriente. El nombre de Chametla, por su parte, siempre se ha hecho derivar de *chiametlan*, “el lugar de la chía”; sin embargo, para el padre franciscano Antonio Arias y Saavedra [1673] se deriva de *Ychamet*: “el lugar del maguey y del mezcal”, o de *Ichamicitla*: “el lugar de la muerte” (Arias y Saavedra, 1990: 300-303).⁵

Por último, el hallazgo de los restos de tres urnas funerarias en Loma de Ramírez nos muestra que esa práctica, tan extendida durante el horizonte Aztatlán en todo Sinaloa, se inició en la región en la fase Baluarte (500-750 d.C.). Un in-

⁵ Para mayores comentarios en torno al culto a los cerros en el sur de Sinaloa, véase Grave (2011c).

dicador más de la continuidad cultural que se manifiesta a lo largo de la época prehispánica. En suma, el estudio regional de superficie nos ha permitido establecer: *a*) la densidad de población, *b*) las principales actividades productivas, *c*) el grado de desarrollo político, *d*) la continuidad cultural y *e*) el “paisaje ritual”.

La cuenca baja del río Baluarte fue entonces una de las zonas más densamente pobladas del sur de Sinaloa en la época prehispánica debido a que es una de las áreas con el mayor potencial agrícola, así como por la posibilidad de explotar la rica zona de marismas, con Chametla como el centro rector o capital del extremo más sureño del estado de Sinaloa.

Bibliografía

- Alducin Hidalgo y Terán, R.
1997, julio. Las urnas funerarias. Una tradición prehispánica del occidente de México. *Boletín Informativo del Centro INAH Sinaloa*: 6-7.
- Arias y Saavedra, fray A.
1990. Información rendida en el siglo xvii [1673] por el P. Antonio Arias y Saavedra acerca del estado de la sierra del Nayar y sobre culto idolátrico, gobierno y costumbres primitivas de los coras. En Thomas Calvo. *Los albores de un nuevo mundo: siglos xvi y xvii* (pp. 283-309). México, UdeG / CEMCA.
- Arregui, D. Lázaro de
1946. *Descripción de la Nueva Galicia*. F. Chevalier (ed. y est. prelim.). Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos de la Universidad de Sevilla.
- Brown, A. G.
1997. *Alluvial Geoarchaeology. Floodplain Archaeology and Environmental Change*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Canetti, E.
2003. *Masa y poder*. H. Vogel (trad.). Madrid, Alianza / Muchnik.
- Conagua
2010. Organismo de Cuenca del Pacífico Norte. Recuperado de <http://www.conagua.gob.mx/ocpn>, consultada el 7 de marzo de 2013.
- Dakin, K.
1994. El náhuatl en el yutoazteca sureño: algunas isoglosas gramaticales y fonológicas. En C. J. Mackay y V. Vázquez (coords.), *Investigaciones lingüísticas en Mesoamérica* (pp. 53-86). México, UNAM.
- 2001. Isoglosas e innovaciones yutoaztecas. En J. L. Moctezuma Zamarrón y J. Hill (eds.), *Avances y balances de lenguas yutoaztecas* (pp. 313-343). México, INAH (Científica, 438).
- Eliade, M.
1994. *Imágenes y símbolos*. C. Castro (trad.). Barcelona, Planeta-Agostini (Obras Maestras del Pensamiento Contemporáneo, 85).
- Fowler, C. S., y Kemper, R. V.
2008. Una vida en el campo: Isabel T. Kelly, 1906-1982. Introducción. En Isabel Kelly, *Excavaciones en Chametla, Sinaloa* (pp. IX-XLIII). V. Shussheim (trad.). México, El Colegio de Sinaloa / INAH / Siglo XXI.
- Gálvez, H.
1966. “Informe de los trabajos realizados en la Zona Arqueológica del Noroeste de México, durante los meses de agosto y septiembre del presente año”. Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, México.
- Gámez Eternod, L.
2004. *Sucesión cultural prehispánica en la llanura deltaica del río Acajoneta (Nayarit)*. Tesis de maestría. ENAH-INAH, México.
- Garduño Ambríz, M. G.
2007. Arqueología de rescate en la cuenca inferior del río Acajoneta. Proyecto Programa Emergente de Rescate Arqueológico en San Felipe Aztatán. *Diario de Campo*, 92: 27-52. México, INAH.
- Gill, G. W.
1974. Toltec-Period Burial Customs within the Marismas Nacionales of Western Mexico. En B. Bell (ed.), *The Archaeology of West Mexico* (pp. 83-105). Ajijic, Sociedad de Estudios Avanzados del Occidente de México.
- Grave Tirado, L. A.
2000. “Informe final. Carretera San Blas-Mazatlán, Tramo Sinaloa. Subtramos Mazatlán-Rosario y

Escuinapa-Límites entre Sinaloa y Nayarit”. Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, México.

2005. “Informe de los trabajos de campo (reconocimiento de superficie y excavación) del Proyecto Arqueológico de Salvamento Libramiento Vial Mazatlán”. Archivo Técnico de la Coordinación de Arqueología, INAH, México.

2011a. *La violencia domesticada. La guerra, el sacrificio humano y las fiestas en Mesamérica*. Saarbrücken, Académica Española.

2011b. “Informe final Proyecto Arqueológico Marismas del sur de Sinaloa. Primera Temporada”. Archivo Técnico de la Coordinación de Arqueología, INAH, México.

2011c. Evidencias del culto a los cerros en el sur de Sinaloa durante la época prehispánica. En *Memoria Electrónica del Primer Coloquio Interdisciplinario Territorio Simbólico y Sacralidad en la Sierra Tarahumara: Los Impactos del Desarrollo*. Chihuahua, INAH Chihuahua / WILF.

2012a. *...Y hay tantas ciénagas que no se podía andar. El sur de Sinaloa y el norte de Nayarit, una región a lo largo del tiempo*. México, INAH (Colección Arqueología, Serie Logos).

2012b. “Informe del Rescate Arqueológico UPSIN (Universidad Politécnica de Sinaloa)”. Archivo Técnico del Centro INAH Sinaloa. Mazatlán.

2012c. *Poder político e ideología. Mayas, teotihuacanos, mexicas y culturas de Sinaloa en la época prehispánica*. Saarbrücken, Editorial Académica Española.

2012d. Investigaciones arqueológicas en la cuenca baja el río Presidio, Sinaloa. En Luis Alfonso Grave Tirado, Víctor Joel Santos Ramírez y Gilberto López Castillo (coords.), *Trópico de Cáncer. Estudios de historia y arqueología sobre el sur de Sinaloa* (pp. 33-51). Culiacán, INAH-Sinaloa/ COECYT Sinaloa.

• Grave Tirado, L. A., y Nava Burgueño, A. C.
2009. “Informe de los trabajos realizados en el sitio arqueológico de Juana, Gómez, Escuinapa, Sinaloa”.

Archivo Técnico de la Coordinación de Arqueología, INAH, México.

2010. “Informe Final de la Primera Temporada de Campo del Proyecto Arqueológico Río Baluarte”. Archivo Técnico de la Coordinación de Arqueología, INAH, México.

2012a. “Informe de la Segunda Temporada de Campo del Proyecto Arqueológico Río Baluarte”. Archivo Técnico de la Coordinación de Arqueología, INAH, México.

2012b. Juana Gómez. Investigaciones arqueológicas de salvamento en la periferia de Escuinapa. En Luis Alfonso Grave Tirado, Víctor Joel Santos Ramírez y Gilberto López Castillo (coords.), *Trópico de Cáncer. Estudios de historia y arqueología sobre el sur de Sinaloa* (pp. 119-136). Culiacán, INAH Sinaloa / COECYT Sinaloa.

• Grosscup, G. L.
1976. The Ceramic Sequence at Amapa. En C. W. Meighan (ed.), *The Archaeology of Amapa, Nayarit*. (pp. 209-274). Los Ángeles, The Institute of Archaeology- UCLA (Monumenta Archaeologica, II).

• Gutiérrez Moreno, I.
1959. *Geología del estado de Sinaloa*. Tesis de licenciatura. UNAM, México.

• Kelley, J. C., y Winters, H. D.
1960. A Revision of the Archaeological Sequence in Sinaloa, México. *American Antiquity*, 25(4): 547-561.

• Kelly, I.
2008. *Excavaciones en Chametla, Sinaloa*. México, El Colegio de Sinaloa / INAH / Siglo XXI.

• Knapp, A. B., y Ashmore, W.
1999. Archaeological Landscapes: Constructed, Conceptualized, Ideational. En Wendy Ashmore y A. Bernard Knapp (eds.), *Archaeologies of Landscape. Contemporary Perspectives*. Oxford, Blackwell.

• López Austin, A., y López Luján, L.
2009. *Monte Sagrado-Templo Mayor: el cerro y la pirámide en la tradición religiosa mesoamericana*. México, INAH / UNAM / IIA.

- López Mestas Camberos, L., y Ramos de la Vega, J. 2006. Excavación de la tumba de Huitzilapa. En Richard F. Townsend (ed.), *Perspectivas del antiguo occidente de México. Arte y arqueología de un pasado desconocido* (pp. 57-74). Guadalajara, The Art Institute of Chicago / Secretaría de Cultura / Gobierno del Estado de Jalisco / Guachimontones / Naturaleza, A.C.
- Montmollin, Olivier de 1989. *The Archaeology of Political Structure. Settlement Analysis in a Classic Polity*. Cambridge, Cambridge University Press (New Studies in Archaeology).
- Mountjoy, J. 1989. Algunas observaciones sobre el desarrollo del Preclásico en la llanura costera del occidente. En Martha Carmona Macías (coord.), *El Preclásico o Formativo. Avances y perspectivas*. México, Museo Nacional de Antropología-INAH.
- Obregón, Baltasar de 1988. *Historia de los descubrimientos antiguos y modernos de la Nueva España escrita por el conquistador en el año de 1584*. México, Porrúa (Biblioteca Porrúa, 92).
- Odum, E. P. 1988. *Ecología* (3ª ed.) C. G. Ottenwaelder (trad.). México, Interamericana.
- Román Alarcón, R. A. 2006. *La economía del sur de Sinaloa. 1910-1950*. Culiacán, Instituto Municipal de Cultura, Turismo y Arte de Mazatlán / Dirección de Investigación y Fomento de Cultura Regional.
- Sámano, Juan de 1981. Relación de la conquista de los Teules Chichimecas que dio Juan de Sámano. En J. García Icazbalceta (ed.), *Colección de documentos para la historia de México* (t. II, pp. 262-287). México, Porrúa (Biblioteca Porrúa, 48).
- Santos Ramírez, V. J. 2007. Excavaciones en Tierra del Padre, Chametla, Sinaloa. En *Cuadernos de Arqueología de Sinaloa. Publicación Digital de la Sección de Arqueología del Centro INAH Sinaloa*. Culiacán, Centro INAH Sinaloa.
- 2008. "Informe técnico: Rescate arqueológico realizado en el sitio Loma del Panteón, Chametla, Sinaloa; del 25 de junio al 19 de julio del 2008". Archivo Técnico del Centro INAH Sinaloa, Culiacán.
- 2012a. Excavaciones en Tierra del Padre, Chametla, Sinaloa. En Luis Alfonso Grave Tirado, Víctor Joel Santos Ramírez y Gilberto López Castillo (coords.), *Trópico de Cáncer. Estudios de historia y arqueología sobre el sur de Sinaloa* (pp. 73-101). Culiacán, INAH-Sinaloa / COECYT Sinaloa.
- 2012b. Las figurillas prehispánicas de Chametla. En Luis Alfonso Grave Tirado, Víctor Joel Santos Ramírez y Gilberto López Castillo (coords.), *Trópico de Cáncer. Estudios de historia y arqueología sobre el sur de Sinaloa* (pp. 103-116). Culiacán, INAH-Sinaloa / COECYT Sinaloa.
- Sauer, C., y Brand, D. 1998. Aztatlán: frontera prehispánica mesoamericana en la costa del Pacífico. En Carl Sauer, *Aztatlán*. I. Guzmán Betancourt (comp., trad. y pról.). México, Siglo XXI.
- Solar V., L. 2011, agosto. El Teúl, Zacatecas y sus vínculos con la red de interacción Aztatlán. Ponencia presentada en *I Mesa Redonda de Arqueología Aztatlán*. Tepic.
- Sugiura Yamamoto, Y. 2009. Caminando el valle de Toluca: arqueología regional, el legado de William T. Sanders. *Cuicuilco*, 47: 87-111. ENAH-INAH, México. Recuperado de <http://www.scielo.org.mx/pdf/cuicui/v16n47/v16n47a5.pdf>
- Talavera González, J. A. 1997. *Enterramientos humanos en la prehispania sinaloense*. Culiacán, DAF-INAH / Sociedad Sinaloense de Historia.
- Townsend, R. F. (ed.) 2006. *Perspectivas del Antiguo Occidente de México. Arte y arqueología de un pasado desconocido* (3ª ed.), Guadalajara, The Art Institute of Chicago / Secretaría de Cultura / Gobierno del Estado de Jalisco / Guachimontones / Naturaleza, A.C.

• Valiñas Coalla, L.

1994. Transiciones lingüísticas mayores en Occidente. En Ricardo Ávila Palafox (coord.), *Transformaciones mayores en el occidente de México* (pp. 127-165). Guadalajara, Universidad de Guadalajara.

2000. Lo que la lingüística yutoazteca podría aportar a la reconstrucción histórica del norte de México. En Marie-Areti Hers, José Luis Mirafuentes, María de los Dolores Soto y Miguel Vallebuena (eds.), *Nómadas y sedentarios en el norte de México. Homenaje a Beatriz Braniff* (pp. 175-205). México, UNAM.

